

Cuando Soledad se Va

Carla Serrano Sastre



Capítulo 1

Cuando soledad se va.

Las niñas corrían por las calles, pasaban a toda velocidad por las aceras, corrían y corrían hacia ningún lado. Yo, sentada en este banco del parque las escuchaba correr, mi vista ondeaba junto al humo de los cigarros que fumaba en cada suspiro de pasión desordenada.

Suave, metí la mano en el bolsillo, masqué insaciable un chicle, lo tiré al suelo, para volver a fumarme otro cigarro, para poder poner mi vista en algún punto de este mundo olvidado, dejado de la mano de Dios.

Pasaba así el tiempo entre cigarro y cigarro, las horas corrían por las líneas de mis manos, que poco a poco se pudrían.

Un asesino se sentó a mi lado, me miró y dijo: -¿De nuevo viendo la vida pasar?- Yo no contesté, como cada mañana perdida en la inmensidad de la vida, yo no contesté.

Nunca tuve vitalidad, siempre fui esa persona que camina, observa y escucha. Nunca llamé la atención, nunca hablé más de la cuenta. Sólo miraba fijamente, a las nubes, al cielo.

Sufrí varios incidentes en mi vida, y no recuerdo exactamente si en algún momento fui feliz. No recuerdo si encontré mi lugar en algún punto y no lo supe aprovechar, simplemente, no lo recuerdo.

A los cinco años quería ser actriz, a los ocho, bailarina, y después artista. Entre medias, quise ser granjera, pirata, policía, bombera, maldita sea, incluso quise ser samurái. Y ahora, soy una poeta del olvido, que habla con un asesino solitario, gran amante de la soledad de mi compañía, pensando en cual será el momento en el que triunfar.

Cada día de mi vida pensaba en hacer algo que cambiara todo este círculo vicioso, soy de esas ignorantes, que piensan que el arte puede cambiar el mundo. En algún libro leí que los artistas eran los que tenían el poder para cambiar las mentalidades alienadas, y que por lo tanto, la culpa era toda de ellos, por no hacer bien su trabajo. Pero el mundo es una mierda, a pesar del esfuerzo de todos.

Cuando era pequeña todos los días me esforzaba mucho por tener la aprobación de los adultos, sí, los adultos, esas personas altas que te miran desde arriba y te dicen lo que tienes que hacer. Luchaba con mi yo interior para que me dieran una palmadita en la espalda, una palmadita

de aprobación, esa palmadita vacía.

En el colegio me enseñaron a escribir, personificándome en objetos vacíos, nunca apreciara la metáfora de lo impersonal que era personificarse en un enchufe, o en una sartén, al fin y al cabo, eso es lo que somos, cuerpos que recorren la calle, que recorren la vida, que recorren un camino.

Recuerdo que mi madre me leía poemas de Machado, recuerdos de ese patio de Sevilla. O las letras románticas y confusas de Bécker, ese autor plástico que escribía leyendas que a mí me atormentaban. Maese Pérez o el Monte de las Ánimas. Leí tanto, escribí mucho, y de muchos estilos. A veces me preguntaba, cuál era el mío.

Mi asesino sacó una carta, la posó sobre la superficie del banco. Sota de copas. Yo lo miré de reojo, simple, me fumé otro cigarro. Con un palo, dibujé circunferencias en la arena.

La vida es eso, como decía Hegel, el tiempo es cíclico. Y mi vida no era más que eso, era cíclica. Un ciclo constante, de aburrirme de las caras de la gente, de sus miradas ásperas.

Contaba yo los doce años, los dulces doce años, esa edad en la que creer es poder. Me parecían difíciles los ángulos y los problemas de matemáticas. Estudiaba las capitales, escribía versos sin sentido, porque mi vida todavía no había alcanzado la lógica.

En mi cabeza sonaban canciones diferentes que las que sonaban en las cabezas de mis amigos. Me columpiaba en mi pupitre, arrastraba los pies, con unas zapatillas que no comprendo por qué usé tanto tiempo y me enamoraba con la misma facilidad con la que me comía los lápices.

Recuerdo que siempre tenía miedo, a que se rieran de mí en gimnasia, a que no me saliera un problema en el encerado, a sacar menos de un nueve en lengua castellana.. Vivía con un miedo atroz a la vida, a los adultos y a la gente en general.

Contaba doce, cuando empecé a darme cuenta, de la valentía que me haría falta para enfrentarme al mundo, y a como yo lo vivía.

Sota de copas, otro cigarro.- ¿Quién eres?- Preguntó el asesino. Y como siempre, yo no contesté. Cerré los ojos, y hundí la cabeza entre mis manos.

Con catorce años, me enamoré. No sé si de mí o de él, el hecho es que me enamoré de una vida diferente, me enamoré de esa persona que estaba dentro de mi corazón. Vestía esos chándales horribles, y en pleno agosto, nunca había visto llover tanto. Nunca me habían pegado tan

fuerte, y tumbado hasta el KO. Y que ridículo me parecía ahora...

Contaba catorce, cuando empecé a dibujar, y empecé a ser una persona más compleja.

El tiempo cíclico. ¿Quién era? Era yo, ¿o era el conjunto de todo lo que había vivido durante toda mi vida?

Una persona apareció corriendo, era una chica, pelo largo y pelirrojo. Tenía piernas de alambre, una mirada vacía y los labios gruesos. Detrás corría un chico, alto, fuerte, con mirada benévola, piernas fuertes, paso a trote firme. Él me miró fijamente, su mirada era intensa, dura y al mismo tiempo, cálida. Ella, pasó corriendo sin más hacia delante, y desapareció en el horizonte, dejando el rastro de su aroma tras su pelo.

El chico corrió hacia mí y me besó en la frente, caminó hacia atrás y se fue. Se fue dejando una presencia, el corazón me latía rápido, o eso me parecía a mí.

A los diecisiete años, estudié arte, y me hundí, en mi propia miseria de artista. Luché por gustar a los demás, luché por no gustarle a nadie, y por amarme tanto que nada pudiera derrumbarme. Durante dos años, fuerzas superiores me tumbaron, me pisaron, e hicieron que mi pasión se volviera mi más terrible pesadilla.

Los diecisiete fueron duros. Quizás por mi ego atroz, que todavía conservo, y mi mal genio, que me hacía meterme en líos. En líos enormes.

Nunca he sido cobarde. Nunca he corrido hacia atrás, y si lo hice fue para coger carrerilla y saltar alto, el problema es que nunca había aprendido a volar.

Cuando tu vida depende del arte, y de la esperanza que todavía conservas en el mundo, hay muchas posibilidades de que te caigas por el precipicio en caída libre, hacia el vacío. Y yo me caí, la caída fue dura.

El asesino alzó la palma de la mano, y luego señaló hacia delante, dirigí mi mirada hacia la dirección que dictaba su dedo. Una mujer caminaba, con un paso tan definido que asustaba. Detrás iba un hombre, de pelo canoso, y la cara marcaba arrugas que la vida le había hecho a fuerza de tiempo. Ella marcaba el paso como un diapasón. Ella llevaba la fuerza.

Los versos que escribía a los doce años, recuerdo leérselos a mi padre. Él escuchaba, a veces dudo que pusiera atención, y tras la lectura venía siempre la misma crítica absurda, que no decía nada.

Ambos se acercaron al banco y la mujer me dio la mano, y un beso en la mejilla. El hombre lloraba, pero lloraba muy flojito, muy suave. Luego, desaparecieron como en una nube difusa.

El asesino me acarició la cabeza mientras decía:- Piensa, ¿quién eres tú? ¿Qué has hecho de bueno?

Cuando empecé a la universidad, me sentí como en un mundo imaginario. Era todo tan confuso, tan novedoso y tan impredecible... De nuevo, tenía miedo, miedo interiorizado.

Miedo a que no fuera a ser nadie, a que nadie me fuera a entender. Mi cabeza y mi alma estaban congeladas. Había aprendido a quererme demasiado, para olvidar al resto.

Escribí mucho en esa época. Muchos poemas llenos de ira, llenos de amor, llenos de incongruencia. Conocí a mucha gente que me ayudó, rubios, morenos, castaños, vacíos, o llenos. Los conocí a todos.

En mi cabeza no sonaban ahora las mismas canciones, sonaba un eco, bastante disonante. Un silencio relativo como el de John Cage.

El asesino efectuó ahora una pregunta que siempre me rondaba la mente:- ¿Acaso alguna vez has llegado a conocerte?.- Lo miré.

Nos miramos un rato, no sé si segundos u horas. Mordí mi labio inferior con indecisión. Saqué otro cigarro, fumé incansable. Miré al cielo, al inexistente cielo.

El cielo estaba gris, cuando un 24 a las 20:41 el tren descarriló de la vía. Mis labios probaron el polvo, mis oídos escucharon las lágrimas caer al suelo lleno de escombros. Mi mente murió durante unos segundos, y ahí escuché el silencio. En ese estado de inconsciencia consciente, escuché el silencio. Mi corazón no latía para mis oídos, la luz no parpadeaba, la respiración era inexistente. No había nada.

La sangre cubría mi sudadera cuando agarré aquel niño para sacarlo de allí, el polvo se escurría por mi pelo. Grasa de algún mecanismo que ahora no servía para nada. Olor insalubre a muerte, polvo, escombros y lágrimas. Sangre, sangre, mucha sangre por todas partes.

Miembros escorados, abrazos a desconocidos, y un talud de tierra. Desesperación. Le gente se preguntaba: ¿Por qué? Gritaban y lloraban, y los cuerpos de los muertos se tapaban con mantas, de esas en las que en invierno te pones entre los dedos de los pies.

Todavía desconozco ese porqué.

La vida se escapaba del cuerpo de la gente, las almas de muchas personas quedaron caminantes en esa curva, permanentemente escuchando el sonido de las ambulancias, que no llegaron lo suficientemente rápido para salvarlos.

El asesino sacó otra carta. Rey de oros.

Me gustaba pensar, que vivía al final del infinito, y que sólo podía estar yo, porque nadie podría acompañarme donde el viento era frío, y las miradas pálidas.

Mi abuelo era una persona curiosa, era ruidoso cuando caminaba, porque la gente lo conocía por sus hazañas y su presencia. Vestía como un dandi.

Murió de cáncer.

Un miércoles a las siete de la mañana dejó de respirar, pero nunca dejó de existir.

Los veranos en el sur eran muy cálidos, y la semana santa muy luminosa. Mi abuelo, era una de las personas que ponía nombre a ese pueblo para mí, y junto a ese hombre de porte alto, mi abuela, bajita, alocada, fuerte. Recuerdo que ambos se sacaban la dentadura en la mesa, o discutían sobre cosas absurdas con finales bastante graciosos.

Él robaba fruta, y tenía reloj de oro y trajes blancos. Se ponía cazadoras de cuero y gomina en el pelo, era un hombre que, en palabras de mi abuela, comía horas y cagaba relojes y nunca dejó de hacerlo.

Murió digno, y nadie fue más digno de la muerte que él.

El tiempo empezaba a pasar lento en este banco, el asesino miraba hacia la nada, hacia un punto de fuga inverso. Hacia el mismo que miraba yo.

-¿Crees en las palabras?- A esa pregunta quería contestar. Pero mi voz no salía más allá de mi boca. -Yo no creo en las palabras.- Dijo él.- La gente habla, habla mucho, nunca hay silencio, no hay comunicación con gestos o miradas. Sólo bla bla bla bla todo el día, debí decirte que ibas a morir.

Saqué otro cigarro, respiré el humo tranquilamente pero sin pausa. No había motivos para hablar.

La comunicación entre el asesino y yo había sido perfecta, porque no le habíamos dado importancia a las palabras.

En la universidad, escuchaba muchas palabras a todas horas. Todos los profesores de historia hablaban mucho, y los de arte hablaban incluso más.

Vivía en un estado de constante indignación por mi desacuerdo con el sistema, los horarios, los exámenes... Todo me parecía un absurdo, y de nuevo, ese no era mi sitio.

Quizás, mi sitio sea este banco.

Miré al asesino, él me dijo:- Yo no te maté, yo simplemente, soy tu soledad.

Yo sólo intentaba ser yo misma, intentaba encontrar mi lugar, y nunca pude encontrarlo más allá de mi propio cuerpo. Intenté que nadie me tumbara, intenté acomodarme a las maneras de pensar de las personas que me rodeaban sin asumirlas del todo, simplemente quería comprender al mundo y a la gente, pero realmente, todo me parecía estúpido.

Nadie llegó a conocerme de forma real, porque ni yo misma pude decir quién era, a dónde pertenecía o qué quería ser.

Soy el perfecto ejemplo del tiempo cíclico, soy una metamorfosis kafkiana. Simplemente soy, y a veces, lo dudo.

En el suelo tracé una línea fina, con la punta de mi dedo índice. La línea no tenía ni principio ni final, como el mundo y la vida. Mi mente se situó en esa línea en la tierra, y vi mi cuerpo caer por el borde hasta el final del infinito.

Quizás este banco, era eso, precisamente, el final. Una eternidad para reflexionar, un final óptimo para quien no sabe cuál es su lugar, un no lugar impersonal que no significa nada para nadie, excepto para mí.

El asesino se dispuso a formular sus últimas palabras antes de irse:- Caminamos desesperados hacia un punto que no existe, da igual dejar antes o después el camino, lo importante, es llegar a este banco-.

Sacudió sus manos para acariciar mi cabeza, su simple contacto hizo que mi alma se sacudiera en caída mortal, a continuación, comenzó a caminar hacia el horizonte, y allí, desapareció.

Entonces, me quedé con el único sonido de mis pensamientos y de mi respiración entrecortada. Con el único sabor de los cigarros humeantes, hasta que llegara la mañana siguiente, y él volviera de nuevo con sus cartas y preguntas. Podría decirse que yo siempre estaría allí, se marchó

soledad, y me quedé, de nuevo, sola.